

tieron en la cárcel a Onésimo y a casi todos los camaradas de aquella provincia. Y así como nosotras en Madrid nos dedicábamos a vender jabones para sostenerlos, ellas vendían flores por las calles, con riesgo de ir también a la cárcel, pero mantenían a los presos.

«Inasequibles al desaliento» teníamos que ser para que nuestra fe no se viniera abajo viendo con las pocas mujeres con que contábamos en toda España. Pero nuestro optimismo era infinito y estábamos seguras que ese montón de mujeres en cada sitio bastaba para mantener en cada pueblo el estilo de nuestra revolución.

Varias peripecias hubo en aquel viaje. Ya estaba la atmósfera cargada de aires marxistas, había pasado la revolución de octubre y no se había castigado con el rigor que exigieron los acontecimientos a los culpables, y al salir nosotras de Oviedo nos despedimos de las camaradas que habían ido a la estación con nuestro «¡Arriba España!», según teníamos por costumbre, grito que provocó la ira de un grupo de socialistas que allí había, y que empezaron a proferir palabras contra la Falange, gritos que fueron enérgicamente contestados por nuestras camaradas, arrancando el tren entre manos abiertas y puños cerrados.

Mientras tanto se iban formando también en otras provincias las Secciones Femeninas. Cuando volvimos nos encontramos con que había organización en Málaga, con Ana María Hurtado de Mendoza por Jefe; en Jerez, mandadas por Isabel de Coca; en Barcelona, María Josefa Viñamata; en Guipúzcoa, Concepción López Dóriga; en Burgos, Antonia González; en Sevilla, Carmen Azancot; en Huelva, Antonia San Román; en Valencia, Vicenta Chabás; en Badajoz, Juana Sardiña; en Cáceres, Aurelia Sánchez; en Jaén, Dolores Cámara; en Melilla, Manuela Reyes, y en Ceuta, Pilar Socasau.

Al volver a Madrid después de terminar la

inspección, reunimos a las camaradas para explicarles el resultado del viaje y para que las de Madrid conocieran cómo se desenvolvían las camaradas de las provincias. Allí todas reunidas en el Centro de la Cuesta de Santo Domingo en una tarde de enero, después de contarles nuestro recorrido por tierras de España, juramos con todo recogimiento el juramento de la Falange, palabra por palabra las íbamos repitiendo, convencidas de que si cumplíamos aquéllos, España sería nuestra.

«Juro darme siempre al servicio de España.

Juro no tener otro orgullo que el de la Patria y la Falange y vivir bajo la Falange con obediencia y alegría, ímpetu y paciencia, gallardía y silencio.

Juro lealtad y sumisión a nuestros jefes, honor a la memoria de nuestros muertos; impasible perseverancia en todas las vicisitudes.

Juro, donde quiera que esté para obedecer o para mandar, respeto a nuestra jerarquía del primero al último rango.

Juro rechazar y dar por no oída toda voz del amigo o enemigo, que pueda debilitar el espíritu de la Falange.

Juro mantener sobre todas la idea de unidad: Unidad entre las tierras de España, unidad entre las clases de España, unidad en el hombre y entre los hombres de España.

Juro vivir en santa hermandad con todos los de la Falange y prestar todo auxilio y deponer toda diferencia, siempre que me sea invocada esta santa hermandad.»

Y hasta ahora ni una sola ha dejado de cumplir aquellas cosas que juramos.

Nuestra mejor recompensa al terminar la reunión fueron unas palabras de Ruiz de Alda. «La Falange —nos dijo— está contenta de cómo habéis cumplido vuestra misión.»